



César Vidal

CHECAS DE MADRID

LAS CÁRCELES REPUBLICANAS AL DESCUBIERTO

Checas de Madrid es la historia de la labor de represión ejecutada por las autodenominadas fuerzas progresistas durante la República Española, con el respaldo directo de los aparatos del Estado y el apoyo o silencio de los que habían sido erigidos en referentes morales de la sociedad.

El libro se divide en cuatro partes, la primera describe la creación del primer Estado totalitario de la Historia. La Segunda parte se centra en el establecimiento del sistema de checas de Madrid. La tercera parte relata la práctica del exterminio masivo y la respuesta de las legaciones diplomáticas a la política represiva del Frente Popular. Y la última describe la mutación que tuvo lugar en la represión practicada en la zona de España controlada por el Frente Popular una vez que los comunistas, con el apoyo de la URSS, comenzaron a apoderarse de los resortes del poder.

Un libro polémico, riguroso y profusamente documentado que nos acerca a la realidad histórica de uno de los periodos revolucionarios más silenciados y sangrientos de la historia de España.

Pueris bello Hispanico interfectis

Introducción

El procedimiento fue sencillo. Primero los sacaron del lugar donde estaban reclusos y los obligaron a subir en transportes donde iban maniatados y hacinados por docenas. Realizaron el viaje en silencio aunque algunos rezaban y no pocos sospechaban el destino que les esperaba. Cuando llegaron, los obligaron a descender de los vehículos y los condujeron hasta unas enormes zanjas ante las que se les ordenó colocarse en fila. Lo que sucedió a continuación fue rápido, apenas unos minutos. Mientras sonaba alguna oración musitada, procedieron a ametrallarlos. La mayoría había muerto antes de caer desplomada sobre el suelo recientemente removido. Al cabo de unos instantes, los moribundos también habían sido rematados a tiros. Los cadáveres podían contarse por centenares. Entonces, ordenaron a gente a la que se había sacado de poblaciones cercanas que fueran lanzando a las fosas docena tras docena de cuerpos exánimes y aún calientes.

El episodio podría haber sucedido en Katyn donde agentes soviéticos asesinaron a millares de prisioneros polacos arrojándolos después a zanjas gigantescas. También podría haber acontecido en Babi Yar donde los nazis ametrallaron a millares de judíos sepultando después sus cadáveres en gigantescas fosas. Sin embargo, no tuvo lugar en Europa oriental. Sucedió —y se repitió una y otra vez— en un lugar situado en el otro extremo de Europa. En España.

El presente libro es la historia de cómo años antes de Katyn y Babi Yar, se creó en España un sistema represivo

que, entre otras manifestaciones, dio lugar a una red de establecimientos donde se detenía sin respeto alguno a las garantías legales mínimas, se torturaba y se asesinaba. El presente libro es la historia de cómo semejante comportamiento —sin antecedentes en la Historia de España— costó tan sólo en la provincia de Madrid millares de víctimas que superaron, por citar sólo un significativo ejemplo, al número de muertos causados por la dictadura de Pinochet. El presente libro es la historia de cómo la labor de represión fue ejecutada por las autodenominadas fuerzas progresistas con el respaldo directo de los aparatos del Estado y el apoyo o silencio de los que habían sido erigidos en referentes morales de la sociedad. El presente libro es, finalmente, la historia de un proceso revolucionario que se inició a finales del siglo XIX y que fue denotado en 1917 y 1934, pero alcanzó sus mayores victorias en 1931 y 1936, un proceso revolucionario cuyo triunfo incluía, por definición, la práctica del exterminio de segmentos enteros de la sociedad.

La exposición de esa trayectoria histórica ha sido dividida en cuatro partes. En la primera, el lector podrá encontrar una descripción de la forma en que se creó el primer Estado totalitario de la Historia —un Estado que estableció una red de campos de concentración, que pulverizó cualquier tipo de garantía legal y que difuminó arbitrariamente las líneas del derecho penal, que se sostenía sobre la máxima de que sectores enteros de la nación debían ser exterminados y que publicó resueltamente su decisión de sustentarse sobre el terror de masas. Semejante cosmovisión se apoyaba, entre otros aspectos, en un sentimiento de hipertrofia de la propia legitimidad política que le permitía considerar la aniquilación de un sistema de libertades como un éxito deseable y que no tenía problema alguno en oponer la calle, previamente manipulada, al parlamento para lograr sus objetivos.

Componente esencial de esta primera parte es el relato, forzosamente resumido, de cómo esa concepción revolu-

cionaria llegó a España a finales del siglo XIX y consiguió imponerse a inicios del segundo tercio del siglo siguiente. Aunque es posible pasar por encima de esta parte y dirigirse directamente a la segunda, su contenido nos parece esencial.

La segunda parte está dedicada al establecimiento del sistema de checas de Madrid como consecuencia directa del triunfo del principio revolucionario y a su funcionamiento durante los primeros meses de la guerra civil.

La tercera parte se centra en el paso del sistema de checas a la práctica del exterminio masivo que siguió las líneas indicadas al principio de la presente introducción. No nos hemos detenido meramente en la ejecución de los planes de asesinatos en masa —aunque, obviamente, los abordamos— sino que también destacamos la importancia de otros factores como la respuesta de las legaciones diplomáticas a la política represiva del Frente Popular, el comportamiento de los intelectuales ante las detenciones, torturas y matanzas, o el final de los asesinatos en masa.

La cuarta parte describe, finalmente, la mutación —realmente decisiva— que tuvo lugar en la represión practicada en la zona de España controlada por el Frente Popular una vez que los comunistas, con el apoyo de la URSS, comenzaron a apoderarse de los resortes del poder. Su objetivo era obvio e implicó el inicio de la represión dirigida también contra fuerzas de izquierdas siguiendo el modelo establecido ya por Lenin.

Finalmente, aunque la presente obra reproduce un número considerable de documentos, he considerado conveniente incluir algunos apéndices referidos a las fuentes documentales y la bibliografía, al período en cuestión, a las cifras de la represión religiosa en la zona controlada por el Frente Popular y al número de víctimas ocasionadas en Madrid por el régimen de checas.

Madrid, febrero de 2003

Parte I

EL NACIMIENTO DE LAS CHECAS

1

El origen de las checas

La revolución llega a Rusia

En febrero de 1917^[1], Rusia —que combatía en el campo de las potencias aliadas contra los imperios centrales— se vio sacudida por una inesperada convulsión que se tradujo en el derrocamiento del zar y en una casi inmediata proclamación de la república. Los retos que se presentaban al nuevo gobierno provisional eran de una enorme magnitud. Por un lado, debía cumplir con sus compromisos con las potencias aliadas continuando la lucha contra Alemania, Austria-Hungría y Turquía; por otro, tenía que articular la convocatoria de una asamblea constituyente que transformara el imperio de los zares en un sistema democrático de corte parlamentario y llevar a cabo un conjunto de importantes reformas sociales incluida la agraria. La disolución del aparato imperial resultó tan rápida y sorprendente que los partidos de carácter socialista consideraron que debían sumarse a la revolución burguesa como un paso hacia una revolución marxista que tendría lugar en algún momento indeterminado del futuro. De esa opinión ni siquiera se separaba el pequeño partido bolchevique cuyos dirigentes habían pasado la mayor parte de los años previos en el exilio y cuyo conocimiento de la realidad rusa era, como mínimo, escaso y desenfocado. En apariencia, Rusia había entrado en el terreno de una gran ocasión histórica de la que arrancarían un país democrático que se enfrentaría a los grandes

retos sociales y políticos que había intentado solventar con mayor o menor fortuna en las décadas anteriores.

Si la situación política se vio modificada radicalmente se debió al impulso directo de Lenin, el dirigente máximo del partido bolchevique. En abril Lenin llegaba a Petrogrado, la antigua San Petersburgo, y dictaba sus conocidas tesis en las que expresaba la voluntad —y la oportunidad— de llevar a cabo una revolución socialista que concluyera con el establecimiento de la dictadura del proletariado. Para llevar a cabo semejantes propósitos, Lenin iba a desarrollar una estrategia de enorme audacia consistente en infiltrar los consejos (*soviets*) de obreros, campesinos y soldados para, a través de estos organismos de dudosa representatividad, erosionar y derribar el gobierno republicano.

Durante meses, la táctica de Lenin pareció no dar resultados tangibles. No sólo el soviets de Petrogrado siguió apoyando al gobierno provisional en cuestiones tan delicadas como la continuación de la guerra contra Alemania a través de una ofensiva de verano sino que además el peso de los bolcheviques en la política continuó siendo escaso. Cuando además se supo que Lenin había contado con el respaldo del káiser para regresar a Rusia pudo creerse que sus días en política estaban contados. Un fracasado intento de sublevación bolchevique llevado a cabo en julio de 1917 sólo sirvió para confirmar esas apreciaciones. De hecho, una observación superficial de las circunstancias a mediados de julio hubiera podido crear la sensación de que, tras la borrasca, todo estaba regresando al cauce de la normalidad. En las fábricas, la agitación había disminuido como consecuencia de la obligada retirada de los bolcheviques y del apoyo continuado de los soviets al gobierno. Éste era tan importante en aquellos momentos y eliminaba de tal forma las posibilidades bolcheviques de ganar terreno que no resulta extraño que Lenin los calificara de «hoja de parra de la contrarrevolución» e incluso llegara a abandonar la tesis de que todo el poder del Estado debía serles trans-

ferido. A esas alturas, carecía de sentido impulsar la toma del poder en favor de instituciones que no sólo no estaban dominadas sino que además difícilmente podían ser controladas.

Aquel clima de relativa estabilidad y el deseo de terminar de asentar el gobierno hasta la apertura de la Asamblea Constituyente llevaron a Kérensky, su nuevo presidente, a convocar el 12 de julio una Conferencia de Estado. Un mes después se celebraba la misma pero no en Petrogrado sino en Moscú, teniendo como escenario el teatro Bolshoi. Salvo los bolcheviques, que se vieron excluidos de ella y que no se atrevieron ni a convocar manifestaciones de protesta por miedo a las consecuencias^[2], allí estuvo presente todo el abigarrado mundo de la política rusa. De manera sorprendente, parecía existir una voluntad generalizada de garantizar la permanencia de la democracia rusa aunque eso implicara cesiones en las posturas de todos. Por si quedaba alguna duda de que la revolución estaba comprometida con una evolución plenamente democrática, el 26 de agosto Kérensky depuso al general Kornflov de su cargo de comandante en jefe ya que existían sospechas, no del todo fundadas, de que pudiera dar un golpe de Estado.

El fracaso, total e incruento, de Kornflov —que, por añadidura, fue arrestado— paradójicamente no fortaleció al gobierno provisional presidido por Kérensky. En realidad, proporcionó un nuevo aliento a los bolcheviques. Casi de la noche a la mañana dejaron de ser considerados unos traidores vendidos a los alemanes para convertirse en defensores de la revolución contra la reacción. De esa época partió toda una campaña de opinión dirigida a crear la convicción de que Kérensky sólo ambicionaba convertirse en un dictador aprovechando un esfuerzo bélico que cada día era más impopular. No existió base para esa afirmación nunca, pero con el paso del tiempo la calumnia antikerenskysta ha seguido haciendo acto de presencia en obras posteriores sobre la Revolución rusa. En aquel momento, su empleo tenía

una finalidad bien obvia, la de quitar de en medio a uno de los pocos personajes políticos de talla que aún podían enfrentarse con los bolcheviques.

Por si esto fuera poco, Lenin comprendió que su tesis de que el soviets no era sino la hoja de parra de la Revolución no resultaba útil. Con un sentido de la oportunidad especialmente afinado, Lenin no dudó en retomar el lema de «todo el poder a los soviets» que poco antes había vitupeado. En el mes de septiembre incluso concluyó su obra *El Estado y la revolución*^[3] donde abogaba de manera explícita por destruir el parlamentarismo sustituyéndolo por «la dictadura revolucionaria del proletariado».

De momento, sin embargo, el soviets no tenía intención ni de seguir los patrones de conducta que convenían a los bolcheviques ni de intentar derribar al gobierno. Todo lo contrario. Deseaba su estabilidad y precisamente para conseguirla renunció a la idea de que el mismo debiera ser totalmente burgués o completamente socialista^[4]. En el curso de una conferencia democrática convocada por el soviets al poco de producirse el episodio Kormlov, setecientos sesenta y seis delegados (contra seiscientos ochenta y ocho, y treinta ocho abstenciones) votaron a favor de un gobierno de coalición. El 25 de septiembre, se procedió a su formación. Kérensky continuó desempeñando la función de primer ministro mientras que las carteras eran ocupadas por eseristas moderados, mencheviques, cadetes, socialistas sin afiliación e incluso personas que no pertenecían a ningún partido concreto. Era el último cartucho de la Revolución para no derivar en una solución dictatorial pero se utilizó cuando la situación era prácticamente incontrolable quizá no en Petrogrado como había puesto de manifiesto el fracaso de Korrúlov pero sí en buena parte del resto de Rusia.

Si algo caracterizó a Rusia durante los días finales de septiembre y los primeros de octubre de 1917 fue la sensación de que no existía ningún tipo de orden ni autoridad.

El gobierno provisional, que había dependido para su supervivencia de una institución como el soviet de Petrogrado, era incapaz de evitar la oleada de saqueos, incendios, motines y crímenes que se producían por todo el país. El ejército —en cuyo seno Kérensky era odiado profundamente tras la ofensiva de verano que se había saldado con un fracaso— se desintegraba en masa y los comités de soldados no sólo no impedían esa situación sino que la favorecían haciendo peligrar incluso la vida de los oficiales. A todo ello se sumaban el hambre y la desesperación. Con cerca de diez millones de soldados, el Estado apenas tenía recursos para malalimentar a siete. Durante el mes de septiembre las unidades militares apenas recibieron la cuarta parte de la harina necesaria. No es extraño que el número de desertores alcanzara por esas fechas los dos millones y que sólo un diez por ciento de ellos pudiera ser obligado a regresar al frente.

La situación entre los civiles apenas era mejor. En buen número de poblaciones el pan escaseaba y las manifestaciones para protestar por esa situación acababan degenerando en actos de violencia de los que no estaba ausente la barbarie. Incluso se había vuelto a la práctica de atacar a los judíos como chivos expiatorios. Por lo que se refiere al campo, septiembre fue el mes en que empezaron las destrucciones provocadas no pocas veces por el mero deseo de dar salida a la cólera y al resentimiento. Cuando se inició el mes de octubre, las provincias de Minsk, Moguiliov y Vitébsk en Bielorrusia y las regiones centrales y de las provincias del Volga eran presa de una situación de absoluta anarquía que hacía presagiar un invierno de hambre y desolación. La última esperanza de Rusia descansaba en la ya cercana elección de la Asamblea Constituyente que habría contado con la legitimación suficiente para formar un gobierno con autoridad (y, sobre todo, no provisional) y para solventar de una vez por todas cuestiones tan relevantes

como la política agraria. Precisamente por ello, Lenin decidió dar los pasos que le separaban de la toma del poder.

El golpe bolchevique^[5]

La distribución de fuerzas en septiembre presentaba un panorama bien definido. El gobierno provisional, pese a estar constituido por ministros de casi todas las tendencias, se asemejaba crecientemente a una institución sin capacidad para imponer sus decisiones, dependiente del soviets de Petrogrado para su supervivencia y limitada en cuanto a su existencia por la teóricamente próxima constitución de la Asamblea Constituyente. Los eseristas o socialistas revolucionarios eran posiblemente el partido más fuerte al contar no sólo con una importancia considerable en los soviets urbanos sino al controlar también los de campesinos y las tropas de primera línea. Los cadetes o constitucionales democráticos, un partido liberal, mantenían buena parte de su influencia sobre todo entre sectores moderados de la población que deseaba mantener las libertades conquistadas por la Revolución de febrero. Los mencheviques, el grupo marxista mayoritario, habían experimentado un enorme retroceso en relación con su superioridad en los soviets de los primeros meses de la Revolución pero la seguían manteniendo en la región del Cáucaso y, muy especialmente, de Georgia. Por lo que se refiere a los bolcheviques, con un 51 por ciento de los votos, habían ganado las elecciones en Moscú y, por primera vez en su historia, logrado una mayoría absoluta en un centro urbano importante. Aunque esta situación no se repitió en otros lugares, aunque la práctica totalidad de los soviets obreros de Rusia seguían controlados mayoritariamente por eseristas y mencheviques, y aunque los soviets campesinos eran abiertamente eseristas no podía negarse que la influencia bolchevique estaba aumentando casi diariamente^[6].